

Prólogo

Una fina lluvia empezó a colarse entre las ramas de aquel oscuro y frondoso bosque. La Luna se veía incapaz de iluminar el camino, sus rayos perdían la fuerza al chocar contra todas esas negras nubes tormentosas amenazantes colocadas a sus pies. Sólo los relámpagos ayudaban a Laura a seguir en la dirección correcta, corriendo tan rápido como sus piernas le permitían. Tenía que escapar, tenía que salvarse, pero también al resto del mundo. La misión que había aceptado le obligaba a hacer todo lo humanamente posible para evitar que el daño continuara. Ahora estaba, literalmente, en sus manos.

Un ejército encolerizado le seguía de cerca. Los ladridos de los perros que corrían olfateando su rastro casi le asustaban más que el ruido de los hombres uniformados avanzando tras ella con sus armas listas para disparar en cuanto tuvieran una oportunidad. Si no lo lograba sabía que moriría en el intento y con ella muchas otras víctimas. No existía otra salida, debía conseguirlo, pero ahora sólo podía pensar en correr y alejarse lo más rápido posible.

–¡Laura! ¡Por aquí! ¡Corre!

Una voz masculina se escuchó entre los árboles, justo a su espalda. Estaba tan nerviosa por la escapada que prácticamente se pasó de largo. Laura se giró y se acercó rápidamente hacia Adam, que aguardaba impaciente al lado de una motocicleta oculta entre unos arbustos.

–¡Vamos, sube!

Laura no podía articular palabra, había agotado todo su aliento durante la huida. Los dos subieron a la moto y continuaron juntos la escapada esquivando los árboles tan hábilmente como podían. Consiguieron llegar a la salida del bosque. La chica miró hacia atrás buscando a los hombres que les perseguían. Distinguió algunas luces de linternas entre los árboles, asegurándose de que aún contaban con algo de ventaja; si aceleraban un poco más aún podían lograrlo.

–¡Agárrate! –gritó Adam.

Deslizándose con destreza las ruedas de la moto por un barranco, finalmente tomaron un camino de tierra para continuar la evasión a toda velocidad. Tras un par de curvas escucharon como dos vehículos se les estaban acercando deprisa, recordándoles que aún se encontraban en tierra enemiga. La última prueba la tenían a la vuelta de la esquina: el puesto de control. Un par de soldados con sus armas permanecían expectantes frente a la barrera, preparándose para disparar a los intrusos.

Cuando la moto estaba a punto de aparecer uno de los soldados se acercó al otro para pedirle más munición, éste se giró con rapidez en dirección a una caja de madera guardada junto a unos barriles al lado de la caseta militar. En ese momento el otro guardia se le acercó por la

espalda y le asestó un golpe en la cabeza con su rifle, dejándole inconsciente. Apresuradamente levantó la barrera justo un par de segundos antes de que Adam y Laura pasaran por el puesto de control.

–¡Vienen dos Jeeps! –señaló Laura.

El infiltrado bajó la barrera cuando la moto hubo pasado al otro lado. Preparó su arma y disparó unas cuantas veces al aire. Las unidades que les perseguían estaban a punto de llegar, así que fue al otro lado del camino y se tiró al suelo, simulando que los ocupantes de la moto le habían herido. El primer Jeep llegó y, sin frenar, atravesó la barrera rompiéndola en pedazos.

Cuando los soldados del vehículo se dieron cuenta de que la moto no habría podido pasar con la barrera bajada ya era demasiado tarde, el infiltrado había conseguido escapar.

Laura sostenía en su mano derecha una pequeña caja de metal. Observaba el solitario horizonte nocturno en la cubierta de un viejo barco no muy grande, mar adentro. Allí se sentía más segura y tranquila que durante la evasión, pero sabía que aún le quedaba algo por hacer. Adam apagó los motores de la embarcación y se acercó a ella sosegadamente.

–¿Estás segura de que es lo mejor?

–No, pero ya que no la podemos destruir, lo apropiado es esconderla... al menos nadie la buscará aquí.

Agarrando la caja con fuerza, Laura estiró el brazo hacia atrás para coger impulso y a continuación lanzó la caja de

metal hacia el mar, donde acabó hundiéndose por su propio peso, deteniéndose sólo al llegar al fondo marino. Allí la tierra, las fuerza de las corrientes marinas y el paso del tiempo la irían cubriendo hasta hacerla desaparecer.

Primera parte: Desapariciones

Capítulo 1

La paz finalmente se hizo un lugar en la Tierra durante más de medio siglo, aunque no de forma global. Sorprendentemente el fin del milenio no trajo demasiadas supersticiones absurdas ni un exceso de malos augurios, aunque hubo algunos con más seguimiento y notoriedad que otros. Fueron las máquinas, o la falta de previsión de sus creadores, las que temió la gente. Afortunadamente, una década después esos temores quedaron en el olvido. Ahora era otro miedo el que iba emergiendo, una turbación provocada por sucesos inexplicables que habían empezado a ocurrir y cuya finalidad era totalmente desconocida. Al principio se trató de casos aislados, inconexos y tan silenciosos que nadie se percató de ellos, pero esto estaba a punto de cambiar.

Como todas las tardes, David salió de su trabajo. Tras más de ocho horas frente al ordenador se sentía fatigado, su cabeza le dolía y sus ojos le picaban cuando intentaba enfocar la vista; el uso de la pantalla y la luz artificial hacían que al final de la jornada se la dejaran borrosa. Andaba con paso tranquilo hacia su casa, habitualmente tardaba unos quince minutos a ese ritmo. Pensaba detenerse a medio camino para comprar la cena, seguramente algo enlatado, como de costumbre. Su vestimenta era la típica de un ejecutivo aunque sin corbata, pues le molestaba de un modo inimaginable. En los treinta años que llevaba en el mundo sólo se la puso en una ocasión, durante la primera y única entrevista de trabajo, aunque incluso entonces tuvo sus reservas. «¿Por qué aparentar algo que no se es cuando la entrevista va precisamente de eso? ¿O es que quizá sólo se trate de crear una imagen que guste al entrevistador?», pensaba él. Sea como fuere, tuvo mucha suerte, consiguió el puesto sin tener que buscar nada más y ahora ya llevaba en la empresa casi cinco años.

David soñaba. Lo hacía cada noche, aunque no siempre el mismo sueño. A veces veía un mar que había perdido su frío tono azulado por el ardiente naranja rojizo del cielo, otras veces volaba por encima de un valle en el que la hierba verde se secaba rápidamente perdiendo la vida, dejando la tierra desnuda. Paisajes solitarios que se transformaban por sí mismos, cambiando hasta parecer que morían. Siempre despertaba con tristeza, y ese sentimiento le acompañaba durante el resto de la jornada.

Casi había llegado a la tienda de alimentación cuando algo inesperado sucedió. En medio de la oscuridad

vespertina del cielo se formó un gran círculo luminoso, no como un Sol, sino parecido a una circunferencia más brillante, blanca y totalmente en horizontal. Dentro del círculo parecía de día, pero incluso con más luminosidad. Su tamaño era tan enorme que quedó cubriendo dos manzanas enteras de edificios.

Todos los que se encontraban en la calle en ese momento miraron al cielo tapándose la cara con un brazo para evitar el daño de la luz. David utilizó parte de su maleta para cubrirse. De pronto, al resplandor se le unió un inquietante ruido, primero de baja intensidad, casi sordo, pero en seguida subió de frecuencia y volumen. La gente dejó de mirar hacia arriba para protegerse los oídos cubriéndose las orejas con sus manos. Algún escaparate y alguna ventana estallaron, rompiéndose en mil cristales por las vibraciones sonoras, aunque el estruendo quedaba solapado por el intenso sonido que emanaba de la enigmática irradiación.

Unos instantes más tarde el fuerte ruido se transformó en el más profundo silencio y la brillante luz en la más negra oscuridad. El círculo se fue deshaciendo, perdiendo su opacidad y dejando paso lentamente a la tímida luz de las estrellas.

La calle quedó desierta, tan vacía como un cielo sin nubes o una canción sin instrumentos. David había desaparecido. Todos los que se encontraban dentro del círculo de luz se esfumaron sin dejar ningún rastro salvo algunos objetos pesados. Coches vacíos, tiendas sin clientes, bares solitarios...

Los medios no tardaron en informar del suceso. Pronto opinaron los ‘expertos’; algunos decían que había sido un

ataque terrorista, otros que se trataba de un experimento del gobierno, y otros... otros aseguraron que era un caso clarísimo de abducción masiva por parte de alguna forma de vida extraterrestre. El gobierno, por su parte, aún no se había pronunciado, lo que provocó que la gente comenzara a elevar su estado de nerviosismo colectivo, temiendo que se produjeran otras desapariciones y ser víctima de las mismas. El misterio que rodeaba el asunto así como la desinformación generalizada provocaron que la gente volviera a tener miedo, temor a algo desconocido, algo que quizá iba a cambiar sus vidas para siempre.